

Navidad

María Madre de Dios

Números 6,22-27; Gálatas 4,4-7; Lucas 2,16-21

«María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón»

1 Diciembre 2012 P. Carlos Padilla Esteban

«El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor se fije en ti y te conceda la paz»

El tiempo se nos escurre entre los dedos y no aprovechamos la vida tanto como quisiéramos. Ya termina el año y abrimos sin darnos cuenta las páginas en blanco que se nos regalan. Nos disponemos, llenos de esperanza, a comenzar otro año, es como volver a empezar de nuevo. El otro día leía un escrito sobre aquellas personas que han superado una situación cercana a la muerte. Decía el artículo: «*Aseguran que superar una situación cercana a la muerte equivale a nacer de nuevo y que no merece la pena vivir una vida que no les satisface. A la hora de hacer balance, una gran parte de la población mundial no está satisfecha con la vida que ha desarrollado. Algunos de los reproches más comunes son: -desearía haber tenido el coraje de vivir una vida fiel a mí mismo, no la vida que otros esperaban de mí; desearía no haber trabajado tan duro; desearía haber tenido el coraje para expresar mis sentimientos; desearía haberme permitido ser más feliz.*». Es lo mismo que expresaba Petrarca en un poema poco tiempo antes de morir: «*Triste y contrito por aquellos años que debí dedicar a mejor uso buscando paz y huyendo afán y engaños.*». No es necesario confrontarnos con la muerte, la propia o la de un ser querido, o sufrir una enfermedad grave, para que nos cuestionemos nuestra forma de vivir y la manera que tenemos de aprovechar la vida. Nos damos cuenta, con cierta impotencia, de lo difícil que nos resulta a veces vivir con pasión y aprovechar cada momento. Vivimos anclados en los errores del pasado o temerosos por desgracias futuras que a lo mejor nunca llegan a suceder. Y de esa forma, dejamos pasar el presente, el hoy, el momento que, por duro que sea, es el que nos toca vivir y disfrutar al máximo. Por eso hoy, al comenzar un nuevo año, nos preguntamos: ¿qué reproches nos hacemos? ¿Vivimos la vida que soñamos o simplemente respondemos a las expectativas del mundo? ¿Somos felices con la vida que llevamos o quisiéramos vivir de forma diferente? ¿Respetamos nuestras prioridades sin hacer concesiones?

Damos tiempo, nos damos tiempo, dejamos pasar el tiempo. Lo gastamos y lo aprovechamos torpemente. Nos llenamos de cosas y el alma se nos va pegada a la vida que pasa. Una persona me comentaba: «*Cuando estamos tan «ocupados» diariamente, no nos damos cuenta de lo importante que es tener tiempo para nosotros mismos, para nuestra familia, para los que nos rodean, y dejamos pasar el tiempo. No hacemos el esfuerzo por buscar ese momento de soledad y reflexión personal, o simplemente estar al lado de la persona que nos necesita, buscar un momento de oración conjunta, o estar en silencio un rato, pensando o leyendo algo que realmente es importante y nos llena.*». Lo importante es tener claras nuestras prioridades, el sentido que queremos darle a nuestro día. Para no vivir tan ocupados que no nos quede tiempo para lo realmente importante. El tiempo que tenemos es limitado y nos sucede que cosas sin mucho valor nos lo roban vanamente. La vida pasa y sentimos

que no jugamos bien nuestras cartas. Hace tiempo escuché un cuento. Se trataba de colocar en un frasco diferentes cosas hasta que el frasco estuviera lleno: piedras grandes, pequeñas, arena y agua. Las piedras grandes son las cosas importantes: la familia, los hijos, los amigos, la salud. Cosas que cuando todo lo demás se pierda todavía llenarán nuestras vidas. Las piedrecillas representan cosas que cuentan algo menos, como el trabajo, la casa, el coche. Y la arena y el agua abarcan todo lo demás, las cosas menos importantes en nuestras vidas y que, sin embargo, pueden llegar a ocupar nuestra mayor atención. Si llenamos el frasco primero con la arena o el agua, no habrá espacio ni para las piedras ni para las piedrecillas. Lo mismo ocurre en nuestra vida. Si perdemos el tiempo en nimiedades, en cosas poco importantes, nunca quedará espacio para las cosas que realmente deben importarnos. **Tenemos que ocuparnos primero de las piedras y las piedrecillas, lo que más importa. Lo demás vendrá luego hasta que el frasco se llene.**

Por eso es fundamental establecer prioridades para poder tener claro que, lo que quede fuera, será sólo arena y agua. Sin embargo, caminamos muchas veces sin rumbo, sin tener claridad sobre lo que realmente nos importa. Perdemos el tiempo en lo no importante y la vida se nos escapa sin darnos cuenta. Decía el P. Kentenich al hablar de las prioridades: «*El Espíritu Santo es el que nos hace miembros de Cristo. Él es quien establece la medida de los valores para que sepamos ver la nimiedad de las cosas, tesoros y valores del mundo, en comparación con ese tesoro*»¹. Necesitamos que Dios nos dé claridad para descubrir lo que tiene que mover nuestra vida. Él nos muestra lo importante y nos hace recapacitar sobre nuestras prioridades. Pero hace falta disciplina y orden para poder ser fieles a nuestras decisiones. Rafa Nadal decía: «*La condición "sine qua non" para poder también divertirte es hacer las cosas dentro de un orden, ceñirte a un régimen de entrenamiento. Eso no es negociable*»². Y añadía entonces: «*Cuando quieres algo con mucha intensidad, ningún sacrificio es demasiado grande*»³. Cuando tenemos claro hacia dónde caminamos es más fácil poner orden en todo lo demás y mantener una disciplina. Sin ese ritmo y sin el orden en nuestro interior, nada nos resulta. Ya lo decía S. Pablo al comparar el esfuerzo por lograr una corona que se marchita, la corona de ganar una carrera, frente a la corona de la santidad a la que aspiramos. Aspiramos a una corona que no se marchita y, sin embargo, nos esforzamos poco. Por eso es tan importante tener clara la meta y poner los medios para caminar hacia el ideal. Si nos relajamos, el mundo y su ritmo loco nos llevarán por delante. **Es necesario buscar con claridad lo que Dios nos pide y hacerlo.**

Por eso es necesario que nos detengamos a reflexionar. Hacemos nuestras las palabras que me decían el otro día: «*Siento que necesito tiempo para ir meditando todo, y se lo pido a María, que me llene de esa paciencia con cariño, sin prisas, que me llene de las cosas de Dios*». Ya lo hemos escuchado hoy cuando contemplamos a María en Belén: «*Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón*». Es la actitud cotidiana de María, la actitud del silencio en el que descansa en los brazos de su Padre. Así hablaba Pablo VI de la importancia del silencio de Nazaret: «*Cómo desearíamos que se renovara en nosotros el amor al silencio, este indispensable hábito del espíritu, tan necesario para nosotros que estamos aturdidos por tanto ruido*». En el silencio de Dios meditamos la vida. Ya lo decía Benedicto XVI: «*Hoy los cristianos estamos llamados a ser testigos de la oración, porque nuestro mundo está a menudo cerrado al horizonte divino y a la esperanza que lleva el encuentro con Dios*». La esperanza es un don que pedimos cada día en la oración. Nos adentramos en nuestro interior y en el corazón de Dios para buscar su paz. En la oración bebemos de la fuente viva que calma la sed. Así lo expresaba S. Juan de la Cruz al hablar del amor de su amado: «*Qué bien sé yo la fonte que mana y corre. Aquella eterna fonte está escondida, que bien*

¹ J. Kentenich, “Mi Santuario corazón”, 39

² Rafael Nadal, “Mi historia”, 121

³ Rafael Nadal, “Mi historia”, 91

sé yo do tiene su manida. Su origen no lo sé, pues no le tiene, mas sé que todo origen de ella tiene. Aquesta viva fuente que deseo, en este pan de vida yo la veo, aunque es de noche». Las palabras de un místico pretenden expresar la belleza y profundidad de la fuente que mana del corazón llagado de Cristo. Una persona comentaba: *«Entonces la soledad es un regalo, que no comprendo, pero que debo agradecer. Porque si nuestra vida, es la vida de Dios en nosotros, ningún alma, ni la propia, puede comprenderlo».* En la soledad de la oración aprendemos a navegar en la misericordia de Dios. No temamos la soledad. Así encontraremos la gracia para vivir cada día en la soledad de su presencia. Cuando nos abrimos a la gracia nos llenamos de la vida de Dios, **bebemos de una fuente que sacia la sed para siempre, y nos permite descubrir nuestro camino. En Dios encontramos el camino a seguir.**

En este primer día del año miramos a Dios para suplicarle que nos regale la esperanza y la paz. Muchos han comenzado este año sin esperanza, temiendo un año terrible en lo económico, llenos de miedo al futuro. Y razones no nos faltan para albergar este sentimiento de inquietud ante la inseguridad que respiramos en el ambiente. Por eso hoy suplicamos que se nos regale la esperanza que viene de lo alto. Somos ciudadanos del cielo. Sabemos cuál es nuestra patria verdadera. Eso no quita que nos preocupemos a diario y podamos llegar a vivir con angustia en muchas ocasiones. Pero sabemos que la esperanza es un don. Estamos llamados a vivir eternamente y, sin embargo, el final de nuestra vida terrena, el dolor o la enfermedad, parecen ser un obstáculo para nuestra felicidad. Decía Benedicto XVI en su encíclica Spe Salvi: *«¿De verdad queremos esto: vivir eternamente? Tal vez muchas personas rechazan hoy la fe simplemente porque la vida eterna no les parece algo deseable. No quieren la vida eterna, sino la presente y, para esto, la fe en la vida eterna les parece más bien un obstáculo. Seguir viviendo para siempre parece más una condena que un don. Se querría aplazar la muerte lo más posible. Pero vivir siempre, sin un término, sólo sería aburrido y al final insopportable».* Y Steve Jobs comentaba: *«Ni siquiera la gente que quiere ir al cielo quiere morir para poder ir allí».* Al comenzar este año queremos reavivar nuestra esperanza y vivir confiados. Cuando sabemos que nuestra vida descansa en Dios, cuando nos creemos de corazón que Dios nos quiere, descansamos y vivimos con paz. Hoy en día los corazones están inquietos y desean la paz verdadera. **Miramos hacia delante y creemos en la conducción de un Dios que sólo quiere nuestro bien y nos cuida.**

Hoy miramos a María, contemplamos su silencio, aprendemos de sus pocas palabras y su mucho amor derramado en gestos. Decía el P. Kentenich: *«María está llena de vida divina y en ello radica su grandeza. La nombramos con gusto tres veces admirable: admirable como Hija del Padre, como Madre del Hijo y como Novia del Espíritu Santo»*⁴. Miramos a María para suplicarle que nos enseñe a ser hijos del Padre, a dejar que Cristo nazca en nuestras vidas y a enamorarnos del Espíritu Santo que nos dé la fortaleza y la sabiduría para saber vivir. María en Belén, María en Nazaret, María en el silencio. María tiene en su rostro la expresión de la prudencia y de la paz. La miramos a Ella en el día en que la celebramos como Madre del Salvador. Su «sí» salvó nuestra vida. Su «sí» repetido tantas veces camino al Calvario. Su «sí» humilde y sencillo porque conocía hacia dónde caminaba y supo respetar siempre sus prioridades: escuchar a Dios, obedecer a Dios, seguir al Señor hasta su muerte. Es la enseñanza que se nos da para cada día. Nada pudo interponerse en su camino y nada le quitó la fuerza para entregar su vida. En la desesperanza de los que la acompañaban y huían ante la muerte, supo mantenerse firme y esperanzada. En la amargura de los que veían el fracaso más absoluto de los planes de Dios, nos abrió una puerta a la esperanza. **En su silencio encontramos la respuesta para aprender a vivir.**

Al comenzar este nuevo año de la mano de María escuchamos las palabras de hoy que nos llenan de paz y esperanza: *«El Señor habló a Moisés: -Di a Aarón y a sus hijos: Ésta es la*

⁴ J. Kentenich, “Mi Santuario corazón”, 45

fórmula con que bendeciréis a los israelitas: *-El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor se fije en ti y te conceda la paz. Así invocarán mi nombre sobre los israelitas, y yo los bendeciré.* Números 6,22-27. Y el salmo añade: *«El Señor tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros; conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación. Que canten de alegría las naciones, porque riges el mundo con justicia, riges los pueblos con rectitud y gobiernas las naciones de la tierra. Que Dios nos bendiga; que le teman hasta los confines del orbe».* Sal 66. Hoy queremos recibir la bendición de Dios para nuestro camino. Bendecir significa decir bien de alguien, desear y pedir un bien para alguien. Cuando somos bendecidos recibimos el amor de Dios que se nos regala casi sin darnos cuenta. Dios hoy nos bendice, bendice nuestra vida, **habla bien de nosotros y nos regala su presencia, su amor cercano y providente, su mano protectora y llena de bondad.**

La Navidad es la ocasión que tenemos para dejar que Dios bendiga nuestra vida cada día. Dios tiene tiempo y sabe esperar con paciencia nuestra conversión, la vuelta de nuestro corazón hacia Él. Una persona me comentaba: *«La Navidad, con sus ausencias y sus presencias, es esperanza a cubos llenos, porque un Niño nuevo nos nace en el corazón, año tras año».* Y nos dice Benedicto XVI esta Navidad: *«Sólo el Dios que es amor y el amor que es Dios podía optar por salvarnos por esta vía, que es sin duda la más larga, pero es la que respeta su verdad y la nuestra: la vía de la reconciliación, el diálogo y la colaboración».* Su amor se nos regala para que aprendamos a amar con un corazón grande. Por eso tenemos estos ocho días de la octava de Navidad para profundizar en el misterio que hoy volvemos a escuchar: *«En aquel tiempo, los pastores fueron corriendo a Belén y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que les habían dicho de aquel niño. Todos los que lo oían se admiraban de lo que les decían los pastores. Los pastores se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído; todo como les habían dicho. Al cumplirse los ocho días, tocaba circuncidar al niño, y le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción».* Lucas 2,16-21. Cada día hemos rezado, unidos a los pastores, la alabanza del Gloria para reflejar nuestro entusiasmo y alegría. El nacimiento del Niño nos sobrecoge y nos llena de esperanza, nos abre a la vida. Dios tiene su tiempo y aguardó su momento como nos recuerda S. Pablo: *«Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción. Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones al Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abba! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios».* Gálatas 4,4-7. Somos hijos, no somos esclavos. Somos herederos de Dios, sus hijos predilectos. Somos elegidos por su amor que se regala.

Esta semana hemos celebrado el día de la Sagrada Familia. Hemos contemplado de nuevo a María, a José y al Niño. Hemos vuelto la mirada de Belén a Nazaret: *«Se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba».* Y hemos pensado en esos años de silencio, de vida oculta, de crecimiento en la sombra. El P. Kentenich comentaba: *«Meditemos alguna vez por qué el Señor estuvo treinta años de su vida dentro de su familia. ¡Treinta años! Podría haber predicado antes de los treinta. ¡Qué no hacen nuestros hijos antes de los treinta! Y el Señor, ¿qué hizo durante esos treinta años? Tenía una cosa clara: ¡Se trata de la familia!»*⁵ Jesús invirtió su vida con sus padres, con sus familiares, en Nazaret. Su familia no fue una etapa breve, una parada en el camino, un accidente en su vida. No fue un paso obligado ni una circunstancia más en su devenir evangelizador. Cristo vivió con María y José. Cuidó a sus padres y se dejó cuidar por ellos. Aprendió de ellos, se dejó educar. Maduró a su lado y aprendió a obedecer. Y, mientras, iba creciendo en profundidad de vida, en oración, en amor a su Padre del cielo. Iba preparando su corazón para la gran misión de su vida. La familia era su gran prioridad. Colocó en el centro lo importante. Y nosotros, **¡Cuántas**

⁵ J. Kentenich, “Familia sirviendo a la vida”, 83

veces descuidamos lo esencial! ¡Cuántas veces desatendemos nuestra propia familia!

El peligro de la vida familiar es que podemos tender a encasillarnos y encasillar a los demás. El otro día leía: «*Perdemos el contacto con los demás cuando los tipificamos, cuando formulamos estereotipos que no son sino una hipérbole simplista y exagerada de lo que son en realidad. Y también nos sucede lo mismo cuando intentamos autodefinirnos. Siempre hay márgenes que desbordan la definición*»⁶. Buscamos encasillar y encasillarnos para sentirnos más seguros. Es como si controláramos más la realidad al ponerle límites y contornos. Clasificamos a nuestros hijos, hermanos, padres y así caminamos más seguros. Nos encasillamos a nosotros mismos y de ahí no salimos ni sacamos a nadie. De esta forma nuestra vida familiar se empobrece, deja de ser flexible, no nos abrimos al asombro del crecimiento y del cambio. Dejamos de creer en la transformación propia y de los nuestros y justificamos siempre nuestros comportamientos amparándonos en que somos de una forma determinada. Muchas veces, al encasillar a los demás, no nos dejamos espacio para la sorpresa. Y, entonces, nos podemos encerrar en nuestro mundo sin esperar ya nada de los que nos rodean. La familia, sin embargo, se construye con el aporte de cada uno. Cuando sólo estamos en ella para recibir nos acabamos secando y la familia se empobrece. Decía el P. Kentenich: «*Si no estoy en casa con mi familia, no tengo que preguntarme: ¿qué me ha dado o no la familia? Sino, ¿qué es lo que no le he dado a la familia?*»⁷ La familia se construye sobre la base de un amor que se dona. Decía Comte: «*Vivir para los demás no es solamente una ley de deber, sino también una ley de felicidad*». **En la medida en que no nos buscamos, sino que buscamos el bien de los demás, nuestra familia crece.**

Pensar en la Sagrada Familia es pensar en el amor matrimonial de José y María.

Pensamos en la grandeza de ese amor puro y grande. Decía el P. Kentenich: «*Tenemos que aprender a sobrellevarnos, aprender a complementarnos mutuamente, a afirmar lo noble del otro y aprender a entender sus debilidades*»⁸. Y añadía: «*La autenticidad del amor se tiene que mostrar en el sacrificio, no sólo en el trabajo, sino también en el saber soportar y sobrellevar*»⁹. El amor ha de cuidarse para que no se enfrie y ha de buscar el bien del tú. El amor exige siempre nuestro sacrificio, nuestra renuncia. Cuando buscamos sólo nuestro interés, y pensamos sólo en nuestra felicidad, surgen dudas egoísticas como leía hace poco: «*Creemos que el gran amor nos espera fuera del vínculo y no en la cotidianidad del mismo. Hasta que el gran amor se hace, a su vez, cotidiano, real, y se desgasta*»¹⁰. El amor real ha de hacerse cotidiano pero tenemos que superar el peligro del enfriamiento. No basta un amor festivo, de domingo, hay que aprender a amar en la cotidianidad de nuestra vida. Por eso hoy, cuando pensamos en la Sagrada Familia, queremos renovarnos en nuestro amor familiar, en la calidad de nuestros vínculos. El amor es donación, es regalarse, como leía hace poco: «*Es regalarse a los demás con nuestro tiempo, nuestro talento, nuestra sonrisa, nuestra compañía, nuestro cariño, nuestra comprensión, nuestro apoyo, nuestro silencio, nuestro esfuerzo y, sobre todo, olvidándonos de nosotros mismos y pensando más en los otros*». En la medida en que la familia crece sanamente, todos sus miembros irán encontrando un lugar en el que crecer y encontrar su camino. Hoy nos preguntamos sobre la calidad y calidez de nuestros vínculos personales. Hay relaciones que se van enfriando, vínculos que descuidamos por las prisas de la vida. Queremos hacer un examen de conciencia y pensar dónde podemos darnos más, dónde tenemos que entregar más amor. En estas fiestas Navideñas nos preguntamos: **¿Cómo están nuestros vínculos fraternos? ¿Y la relación con todos nuestros hijos? ¿Y con nuestros padres? ¿Cómo cuidamos nuestra familia?**

⁶ Xavier Quinzá Lleó, SJ, “Ordenar el caos interior”, 133

⁷ J. Kentenich, “Familia sirviendo a la vida”, 88

⁸ J. Kentenich, “Familia sirviendo a la vida”, 88

⁹ Ibídem

¹⁰ Sergio Sinay, Artículo “La cadencia del amor”